

Lo judío y lo Caribe:

dos perfiles distintos, un solo rostro verdadero

Lyda Vega Castro
Universidad del Atlántico

No hay duda que el mundo es un mundo completamente imaginario, pero contiguo al mundo real.

Isaac Bashevis Singer

Resumen

Este trabajo patentiza un diálogo entre *Don Quijote de la Mancha* y la última novela de Marco Schwartz, *El salmo de Kaplan*. El autor resemanatiza el texto paradigmático de Cervantes. La perspectiva de Schwartz es la de un personaje judeocaribe que habla de los chispazos de felicidad que un anciano puede experimentar; es por eso que, en cierto modo, puede decirse que escribió un salmo a la senectud. Por otra parte, el soñar y su relación con la doctrina idealista es un concepto bastante enfatizado en la novela: el narrador testimonia su filiación con la poética de la ensoñación por sobre el prosaísmo de la vida (en este contexto, la vigilia).

Abstract

This work makes evident a dialogue between *Don Quixote de la Mancha* and the last novel by Marco Schwartz, *El salmo de Kaplan*. The author gives a new and contemporary semantics to Cervantes' paradigmatic text. Schwartz's outlook is the one of a Jewish-Caribbean character who speaks on the sparks of happiness an old man can experience, that is why, somehow we can say he wrote a psalm to old age. On the other hand, dreaming and its relationship with the idealistic doctrine is a concept quite emphasized in the novel: the narrator testimonies his connection with the poetics of dream above the prosaicness of life (in this context, wakefulness).

Recibido en mayo de 2006; aprobado en junio de 2006.

Palabras clave: híbrido judeocaribe, senectud, doctrina idealista, poética de la ensoñación, prosaísmo de la vida, relato mínimo.

Key words: Jewish/Caribbean hybrid, old age, idealistic doctrine, poetics of dream, prosaicness of life (wakefulness), minimum short story.

En otro lugar de la Mancha, una Mancha Caribe –con paisajes áridos similares y en vez de pobres tabernas, restaurantuchos– se desarrolla la última historia del escritor barranquillero de ascendencia judía, Marco Schwartz (1956)¹. Su libro, *El salmo de Kaplan*, cuya trama devela una evidente sustancia novelesca, resemanitiza para las letras universales la aventura quijotesca, esta vez emprendida para lograr la captura de quien él cree es un jerarca nazi que pretendería desde su organización Aurora (una nueva Odessa) reinstaurar el nazismo.

Jacobo Kaplan² es nuestro actuante protagónico. Vive en Santa María, una ciudad que –parodiando a Borges– aunque no vemos, existe³. De hecho está muy cerca de ser Barranquilla (p, 39, 115, 245, 250,123) más sus alrededores, Juan de Acosta y también Puerto Colombia (p.28, 42,219). Se trata de un locus amoenus tipificado en dos grandes sintagmas espaciales, el uno, el del barrio modélico, la Florida, con sus árboles estrato alto y, el otro –ciertamente representativo de lo loco y ameno–, la Alborada, palos marginales que cobijan un barrio con problemas de servicios públicos entre otras taras. Es a este último donde pertenece el personaje contrapunto al de Kaplan, Contreras, quien con su pintoresquismo le pone color local a la historia. De hecho, la red semántica que en cuanto a lenguaje y visión

¹ Marco Schwartz Rodackly nació en Barranquilla. De ascendencia judeopolaca. Premio Simón Bolívar en 1983. Vive en Madrid desde 1986 en donde ha ejercido como periodista y corresponsal diplomático. Su novela anterior *Vulgata Caribe* fue bien recibida por la crítica. *El salmo de Kaplan*, su última producción, fue honrada con el Primer Premio Novela Norma 2005, donde fungieron como selecto jurado los escritores Nélida Piñón, Eduardo Berti y R.H. Moreno Durán.

² Existió un profesor Mordejai Kaplan que bien pudo ser la inspiración para el personaje de la novela. Fue uno de los pensadores judíos más importantes del siglo XX. Sus escritos han alcanzado una influencia decisiva sobre varias generaciones de judíos, sobre todo en Estados Unidos, donde vivió y enseñó la mayor parte de su vida. Kaplan ha sido el máximo expositor de lo que se conoce como la teología del Reconstruccionismo. Se trata de un audaz intento por superar la crisis espiritual que se derivó del encuentro entre el judaísmo tradicional y la cultura occidental moderna. El Reconstruccionismo se ha abocado, en Estados Unidos, sobre todo a interpretar los orígenes y razones de este conflicto y a procurar la manera de enfrentarlo y resolverlo.

³ La ciudad mítica onettiana, Santa María –epicentro geográfico de la historias del escritor uruguayo que van desde *La vida breve* (1950) hasta *Dejemos hablar al viento* (1979)–, surge como un intertexto que nos induce a la consideración de que la poética de Schwartz apunta a un acto demiúrgico en el que no hay cabida para la conformidad espacial, en el sentido de que no recrea sino que crea un mundo que, aún cuando posee todos los visos locales, aspira también al ecumenismo. En palabras de Torga equivaldría a decir que se inserta en lo universal partiendo de lo local sin paredes.

de mundo atrapa es la del universo de Contreras, pleno de sentido común, ingenio, apodos que van y vienen (“bocachico”, “bola de nieve” p.210), de dichos (“las oportunidades las pintan calvas”, p.225), un universo en donde la cucaracha es el estribillo de un claxon estridente (p.36) y también un medicamento elaborado con su jugo gástrico (p.41)... El orbe de Kaplan, por su parte, responde a la típica atmósfera de bienestar económico y decadencia ética, encarnada en el mundo sinagoga, en donde sin muestras de la más mínima actitud púdica se cohabitan los vicios que la misma religión supuestamente ataca. Resulta muy interesante y original que en medio de ese presente frívolo y de fijaciones pasajeras surja alguien que decide jugárselas a lo héroe épico y a sabiendas de que “como los pollos alimentados con maíz, los valores del respeto y la gratitud eran cosas del pasado” (p.29) opte por reinstaurar tales conceptos considerados por muchos como pasatistas. Capturar al jefe nazi le dispara a Kaplan una sensación de chisporroteo, de coherencia que daría al traste con la “inutilidad de su existencia” (p.32). Ese es el cuento chino que se inventa, o debiéramos decir más bien, el cuento judío.

Ese estado de excitación que vive Kaplan se articularía con el título del libro, donde el término salmo haría pensar en una especie de restauración de la alegría en nuestro personaje (el cántico y el salmodiar son actos recurrentes en la novela)⁴. El auto investirse como héroe “le inmunizó contra las miserias de sus correligionarios” (p.176); la captura del Profesor era lo que le quedaba “para preservar su linaje y poder bajar tranquilo al Sheol” (p.193). Esa pasión irredenta, megalómana, venía con él desde niño, desde aquellos sueños de escaleras y patriarcas que lo animaron a pensar casi hasta el convencimiento de que “el hecho de llamarse como el patriarca Jacob le reservaba un destino excepcional” (p.233), por lo que no era raro viéndosele observar el cielo estrellado y “anhelar en el fondo de su ser que Dios lo sorprendiese con una revelación” (p.34), con un signo de llamado, a lo Abraham.

La etopeya de nuestro héroe está prácticamente definida. En judío, un golem, aguja sin ojo, se consideraba falto de un algo que lo disparara a la trascendencia; en filósofo, ese acto heroico se le convirtió en su razón de ser, su

⁴ En efecto el primer apartado con el que abre el texto lleva por nombre “Fiesta en el templo” el cual inaugura el tono festivo de la novela. Del sintagma “templo” se derivan varios vocablos del judaísmo que denotan “fiesta” y que tienen espacio en la obra, tales son: *Am Israel Jai* (canción festiva), *Hava Naguila* (canción popular), *lejá dodi* (cántico para la recepción del *Shabat*), *Simjat Torá* (fiesta en que se cierra el ciclo de lecturas de los rollos sagrados y se deja iniciado un nuevo ciclo), *Jazán* (cantor de la sinagoga).

sein in der welt, (ser en el mundo) propósito loable en abierto contraste con la comunidad élite, impura, falsa, egotista de la que hace parte. Sepulcros blanqueados que rayan en lo simoníaco. El boato es una de sus marcas, la prosperidad de la que hacen gala es palpable. Dice el narrador en tono irónico: “Dios los ha premiado a todos por amar al prójimo. Antes recompensaba con ovejas y camellos, ahora regala Chevrolets” (p.183). El grado sumo de sarcasmo para con el concepto de amor al prójimo es ilustrado con un típico caso de desvío de ovejas, que resultó en su momento de la comidilla pública: una de las señoras de la sinagoga tiene un amante, un futbolista argentino “a quien ama como a sí misma” (p.182). Otro de los miembros de esta variopinta galería de retratos, aristoi sin areté (honra) es el Pote Weinstein, una especie de Patán de Alegre Figura por quien Kaplan sentía ciertamente aversión, por representar todo lo deleznable de los nuevos tiempos, razón por la cual era un sujeto muy popular que se la pasaba cruzando “saludos a diestra y siniestra, sonriente y dicharachero como una reina de carnaval” (p.182). Era deshonesto e insincero y se sentía cínicamente a gusto en medio de la acogida que le dispensaban todos sus congéneres tipo genuflexo, no tipo Kaplan. La sumatoria sinagoga/Weinstein resulta, entonces, aberrante por la sencilla razón de que quien mata a Dios debe dejar también el refugio del templo.

La visión megalómana de Kaplan es fortalecida por el lenguaje del que se vale para darle realce a la tarea que emprende y, por supuesto, como enviado divino, ha de utilizar un lenguaje arquetípico en aquellos momentos cimeros de su labor: el discurso bíblico. Hay una evidente intención por hacer uso del esquema de discurso de la Biblia, cuando por ejemplo el narrador se expresa de esta manera: “si yo no soy para mí, ¿quién es para mí? Y cuando soy para mí mismo, ¿qué soy? Y sino es ahora, ¿cuándo?” (p.48) o cuando ruega: “Dios me castigue con tu enfermedad, para ver si así mejora mi salud” (p.175). Otras veces son verdaderas parrafadas en las que se explica el “llamado” de parte de Dios a Kaplan para que asuma su rol de héroe: “yo te escojo Jacobo, de entre todos los varones de Israel para que asumas en mi santo nombre...” (p.38) o cuando previendo el final de sus días, Kaplan le habla a su nieta del bien y el mal como cual monserga de patriarca antiguo. El narrador usa también la convivencia dicotómica león/cordero para referirse a los tiempos idílicos que vendrán después de esta vida de sufrimientos.

En aras de que el Elegido concrete su designio y cumpliendo a cabalidad con el significado de su nombre, Jacob Kaplan suplanta las identidades de dos personajes de realidades distantes: Malkin, el agente que capturó al nazi

Adolf Eichmann en Argentina⁵ y don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura⁶.

Efectivamente, a pesar de las largas distancias temporales, se puede reconocer en la contemporaneidad de Kaplan todos los residuos de la leyenda libresca que representa al prototípico caballero manchego. Quijote, es un nombre dado para elogiar o denigrar, para burlarse o para destacar a aquellos que como Kaplan de alguna manera rompen con lo predecible y salen al camino. En ese sentido, la historia recrea un mundo a lo Cervantes, como juego de ambigüedades. Cruzada de cabo a rabo por el Quijote, la novela de Schwarz articula los acontecimientos en una mirada bifronte, la de Kaplan, visionario o loco (p. 34,125) y la de su “contra”, Contreras, el remiso y zafio agente de policía.

Tal y como el Ingenioso Hidalgo ajustaba lo que vivía a lo que leía, Kaplan se mantenía informado y con base en esos datos montó los resortes de la aventura que le sacaría del *taedium vitae* en que se hallaba. Para ello contaba con la tesitura, la disposición de ánimo necesaria para enfrentar los más diversos obstáculos. Para encarar ese surmenage o fatigoso recorrido que se prefiguraba, se hace a un escudero, Contreras, quien representa la pendencia, el contrapeso al alma de Kaplan: ideal, heroica, fantasiosa, onírica, que apela a los sueños, los que según Nietzsche “nos hacen ver claramente lo que a veces no vemos durante la vigilia”. En su caso “pensar equivalía a soñar” (p.110)⁷.

La fantasía de Kaplan es transformadora, renombra y recrea. Percibe también molinos de viento convertidos en gigantes, esta vez traducidos a una lectura acomodada de los signos relacionados con el profesor: que si el alemán leía un libro titulado *Die pest (La peste)*, por ejemplo, colegía que “se estaba documentando con la finalidad de construir un arsenal bacteriológico” (p.88). Ante una declaración como esa, Contreras se muestra como un polo a tierra y exclama: “Usted me perdonará, don Jacobo, pero eso es como si alguien oye La Piragua y lo acusan de estar preparando un ataque naval contra Venezuela” (p.89). Siempre que se

⁵ El 11 de mayo de 1960 en Buenos Aires es secuestrado por el *Mossad* (servicio secreto israelí) Adolf Eichman, el jerarca nazi más buscado de entonces. Peter Malkin, agente polaco al servicio de la inteligencia israelita, es el encargado de interceptarlo de regreso a casa. Le tenía tanta aversión a su presa que se había comprado unos guantes de cuero para evitar tocarlo. Para sacarlo de Argentina, Malkin que era un maestro en las artes del maquillaje, disfrazó al nazi con el uniforme de la compañía aérea en la que viajaban de vuelta a Israel, lo maquilló como un vejete y le inyectó un tranquilizante para simular que estaba borracho.

⁶ En el Renacimiento creían que la risa era provocada por alguna forma de fealdad. “Triste figura” era una nueva expresión utilizada para referirse a personajes poco atractivos. No hacía referencia a la tristeza como emoción, sino al aspecto ridículo. Resulta ridículo que Kaplan, un anciano, se embarque en semejante aventura.

⁷ Según la doctrina idealista, vivir y soñar son rigurosamente sinónimos (Borges en “El Aleph”).

da una situación, digamos, solemne, en la que Kaplan percibe erróneamente la realidad, se da una versión bufa por parte de Contreras⁸.

Lo cómico está arraigado en este Sancho Contreras como que desde la retórica aristotélica se hablaba de que la tragedia debía representar asuntos de gente elevada, mientras que la comedia se reservaba para el vulgo. Contreras es el “bajo” Sancho de la codicia (P.58, 167), el de las palizas (p.105, 106, 115, 122,124), el del lenguaje dicharachero (“ya dice el dicho que el águila real no repara en gallinazo p.103), el coloquial: “tampoco se pase” es una de sus expresiones recurridas (p.57, 81,167). En boca suya, el humor cobra grado de representatividad como una de las isotopías del texto.

La relación entre ambos personajes redunda en lo emblemático por cuanto está basada tanto en el afecto como en la irascible diferencia, a veces solemne, a veces malhumorada y parece sostenerse en un aprendizaje, pero se destaca por la tolerancia y la permeabilidad. Esta última es manifiesta en los momentos en que lo “elevado” de Kaplan desciende al ridículo y lo “bajo” de Sancho asciende a la fidelidad y a la valentía; de la misma manera, los conceptos de sueño e ideal, caros a Kaplan⁹, pasan a ser del acervo de Contreras (al final nuestro juicio insiste en aferrarse a la “realidad” del jerarca nazi y de todos los indicios que supuestamente lo confirman p.253) y los del policía, cuales son, lo real y concreto, pasan de facto al personaje Kaplan (“tenías razón de dudar de todas las cosas que te decía. Siempre tuviste razón, Wilson. No la pierdas ahora” p.253).

A manera de epílogo digamos que Marzo Schwarz ha logrado con esta novela elevarse a cronista del alma judeo-Caribe. Zahorí, letra por letra, del primer sintagma explota lo inveterado de la cultura hebrea con sus historias bíblicas pre-cristianas, con su esquema particular de discurso religioso, con su legendaria cicatería; del

⁸ Jacques Derrida demostró que toda oposición es susceptible de ser deconstruida. Según el filósofo francés, todo el pensamiento occidental se basa en la idea de un centro: un Origen, una Verdad, una Forma Ideal, lo que se constituye en un problema porque los centros intentan excluir y al hacerlo ignoran, reprimen o marginan al otro. En el opuesto binario tragedia/comedia, el primero es el centro; el segundo, el otro marginado, ignorado. La reconstrucción es una táctica para descentrar, para subvertir el centro, de modo que la parte marginada pase a ser la central y temporalmente se elimine la jerarquía. Lo trágico, lo heroico se ha asociado con lo trascendental y sublime, en contraste con lo cómico, de naturaleza prosaica, ordinaria. Pero, con la pareja cervantina del siglo XVII el logos se subvierte, “el espíritu de soledad que atormenta el mundo de la novela de caballería” (Bloom: 1997, 329) expira, ya que la gloria no es a partir de entonces de uno solo, se impone el protagonismo compartido. La ironía dialéctica que proyectan estos arquetipos nos hablan del advenimiento de una nueva era harta de los nobles ideales como el centro privilegiado. La pereza, el humor, la condición aparentemente ignara del hombre vienen a ser dignas de atención.

⁹ En un marco deconstructivo, el héroe termina definiéndose como “no disyuntivo” –nos recuerda Álvaro Pineda Botero en *El reto de la crítica*, es decir valiente y cobarde al tiempo, cuerdo y loco. Un rasgo por demás acusado en la novela posmoderna, pero que ya el genio de Cervantes atisbaba en pleno siglo XVII.

segundo sintagma, lo caribe, en oposición a lo rancio y de abolengo de la comunidad israelita (nada más y nada menos que una de las primeras civilizaciones antiguas, “el pueblo elegido”), trabaja la frescura, la libertad que otorga el preterir atavismos. Este espacio caótico, propicio para la risa y abonado con elementos de la judería es el híbrido del que se vale el escritor barranquillero para consolidarse como un escritor mayor. El secreto estético del SK es no plantear lo caribe y lo judío como compartimientos estancos, sino como una conjugación particularmente interesante, (no es blanco ni negro sino tordo), porque ser judío es ser dos: es, en lo general, de Tierra Santa y en lo particular, de cualquier parte del mundo. Sosnowski a propósito de esta imbricación había expresado que “no se trata de hacer énfasis en una literatura guética, pues lo judío es un dato adicional en el contexto de la literatura latinoamericana”, un dato que en palabras de Philip Roth, una de las grandes voces universales de ascendencia judía, tiene más que ver con el espacio geográfico donde ese judío que escribe fue adoptado que con la religión. Así lo dijo el autor de *Una vida a contramano*: “La literatura de los escritores judíos americanos no tiene que ver con su religión, sino con su región, el lugar donde han vivido.

Buena literatura es sinónimo de buen lenguaje. En este punto en Schwartz no se da el caso del escritor que en una especie de pacto fáustico sacrifica su modo literario de expresarse por una forma simple y planamente expedita de comunicar una historia. Su caso es por el contrario el de una rica heterología en la que el yiddisch, los términos bíblicos, el lenguaje caribe conviven en un relato mínimo como lo llamaría Álvaro Pineda Botero- hijo del gran relato *Don Quijote de la Mancha*. Al igual que en la novela de Cervantes en SK cohabitan dos realidades (p.253): una realidad real que se evade y que se subordina a la realidad virtual o libresca tras la que se encaminan todos los esfuerzos. Esta oposición equivale a la dicotomía vigilia-sueño, y como es en esta segunda categoría en la que se enmarca el trasunto de la novela –la captura de un jerarca nazi–, no resulta gratuito entonces que en la vida de Jacobo Kaplan, dos momentos oníricos le hayan marcado su destino, su comienzo y su final¹⁰.

En efecto, el pequeño Yankel Kaplan se abstraía del mundo cuando el rabino de la escuela judía de Radoszyce le relataba la historia bíblica sobre la visión de la

¹⁰ Delmore Schwartz (1913-1966) reseñado como uno de los escritores judíos canónicos del siglo XX (junto a Babel, Herzog, Canetti, Celan, Kafka, Heine, Weiss, Kertesz, Primo Levi, Roth, Bashevis Singer, entre otros) publicó en 1937 “En los Sueños comienzan las Responsabilidades”. Esta historia –hipotexto uno en este punto de la novela barranquillera– utiliza el esquema onírico para dar cuenta de las motivaciones de un personaje anónimo que observa un film sobre el cortejo de sus padres. Las reacciones hacia el film, su animadversión e inseguridades salen a relucir antes de despertarse esa mañana de su onomástico veintiuno. Un hipotexto dos, derivado del libro de Delmore, lo constituye la frase de William Yeats “Después de los sueños comienzan las responsabilidades, mientras mayor sea el sueño, más grande la responsabilidad de realizar ese sueño”.

escalera que tuvo el patriarca Jacob en su huída hacia Marán, después de robar la progenitura a su hermano. Kaplan tuvo cierto día un sueño similar: “ángeles subían y bajaban de una escalera interminable en delicado trasiego. En lo alto de la escalera se encontraba Dios, que le prometía una descendencia tan numerosa como el polvo de la tierra y le aseguraba que todas las familias del mundo serían benditas en su simiente” (p.232, 233). A partir de ese instante se siente un Elegido. Su imaginación-facultad de sobrehumanidad para al teórico de la ensoñación, Gastón Bachelard-le moverá en sus postreros días, cuando viejo, cuando el letargo y el sueño se consolidan como estandartes de la senectud, a construir el ambiente de ensoñación el ambiente en el cual será héroe, o sea, un superhombre con una tarea excepcional que cumplir. Su actitud da muestras de una filiación total con la poética de la ensoñación por sobre el prosaísmo de la vida (Bachelard: 1994, 91).

Es entonces en el sueño, en su imaginación y no en la vigilia, donde puede salir del anonimato, ser libre, trascender, hacerse a un espacio íntimo en donde él y sólo él protagoniza. Desde la antigüedad Heráclito se preguntaba “porqué durante el sueño cada hombre tiene su universo particular, mientras que en el estado de vigilia todos los hombres poseen un universo común (Beguin: 1994, 29). Aventuremos una respuesta: en la vida real (vigilia) la presión social tiende a uniformarnos y moldearnos en el concepto que el común maneja sobre ser exitosos, tener una familia, hacer dinero... mientras que en la otra vida (sueños) hay libertad para actuar e invertir, si es el caso, el modelo de afuera. Ilustrémoslo de la manera bachelardiana: si para el mundo en vigilia el modelo de éxito te hiciera ir tras la búsqueda de una mansión, en el mundo interior realmente te contentarías con una choza. El contraste nos sirve para entender que en el mundo de los sueños realmente tenemos el dominio y es uno de los pocos territorios en los que todavía mandamos, valioso patrimonio de cada uno, donde incluso podemos llegar a ser héroes y superhéroes. Según Bachelard, cuando el hombre imagina o sueña, lo hace como respuesta a un dinamismo psíquico que ahonda en nuestro ser y forja oníricamente nuestro heroísmo. Como cada búsqueda es personal, el mundo que se crea es particular y el superhéroe que lo habita afina los dones que lo llevarán a la victoria. Todo superhéroe es un especialista.

Pero nuestro superhombre está próximo a morir. El detonante no es aquí la revelación de una piedra verde en una caja de metal, sino el antebrazo desnudo del Profesor con el tatuaje que lo identificaba como un simple kapo¹¹. En ese momento comienza la cuenta regresiva de Kaplan. Se desmorona su empresa paralelamente a su integridad misma. El primer signo de muerte es la pérdida

¹¹ *Kapo* (alemán derivado del italiano) era el interno de un campo de concentración que trabajaba para los nazis en el control de los presos.

de la memoria, como si Purah, el ángel hebreo del olvido, hubiera colocado sus manos sobre la cabeza del soñador, obligándolo primero a retornar a la infancia, “le dio por hablar en polaco y por confundir a sus hijos con amigos de la infancia” (p.235); seguidamente sueña que lucha contra un ángel y le pide su bendición. Su megalomanía no claudica, sabiéndose contendor de un ser espiritual, pide que se le llame ahora Israel “el que lucha con Dios”. Pero su rival celestial –en un acto muy carnavalesco– se mofa del aura gloriosa y sublime que Kaplan pretende instaurar y se identifica como su último aliento fastidiado por todo el tiempo que le está tomando llevárselo con él.

En el pasaje último de la novela se nos describe el atuendo del personaje que se despide “ataviado con su pijama azul de rayas blancas, el uniforme de presidiario con el que tantas noches había deambulado por el mundo amargo de los sueños” (p.264). Aquí la muerte se nos presenta como una libertad al revés. Todavía prisionero de sus sueños, el viejo Kaplan es vestido a remembranza de la imagen del judío, cautivo por el antisemita, lo que invoca las dos realidades en las que se ha movido esta comunidad: la del pueblo elegido, sí, pero además, de pueblo perseguido. Condiciones ambas que enriquecen por igual el egotismo típico del que hacen gala. En este marco contextual resulta del todo coherente que de entre los suyos surjan héroes, soñadores, redentores llamados por Dios. Ante un mundo de caballería y superhéroes desaparecido, estos personajes tipo Kaplan valen en cuanto sueño de valentía y fuerza individual, y en cuanto escapada a un pasado imaginario –en su caso excepcional–, que vale para consuelo y legitimación.

Bibliografía

- Bachelard, Gastón (1994). *La poética de la ensoñación*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Beguín, Albert (1994). *El alma romántica y el sueño*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Bloom, Harold (1997). *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama.
- Pineda, Álvaro (1995). *El reto de la crítica*. Bogotá: Planeta.
- Powell Jim y Van Howell (1997). *Derrida para principiantes*. Buenos Aires: Era Naciente.
- Roth Philip. Entrevista realizada por Antonio Muñoz Molina. En [www.el país.es/articulo/elpepspor/2005/009/elpepspor_1/tes](http://www.elpaís.es/articulo/elpepspor/2005/009/elpepspor_1/tes).
- Schwarz, Marco (2005). *El salmo de Kaplan*. Bogotá: Norma.
- Osnowsky. Entrevista realizada por Jacqueline Goldberg. En www.analitica.com/bitbliblioteca/jgoldberg/sosnowski.asp